

Jesucristo á Dios. Hasta en los nombres han querido espresar estos mismos sentimientos, no pronunciando apenas el dulcísimo nombre de *Jesus* sin añadir el de *María*; de modo que estos dos nombres *Jesus*, *María*, no han venido á formar en boca de los cristianos sino un solo nombre. La devoción, el amor y la ternura de los fieles á la Santísima Virgen han multiplicado hasta el extremo, si así puede decirse, sus imágenes, representando á la Señora bajo distintas formas, colocándolas en los altares para á su vista acordarnos de nuestra Reina y Madre que está en los cielos, y por ser imágenes suyas las que en los altares tenemos, las hacemos reverencia.

Verdad es, católicos, que la ignorancia es la causa de que muchos fieles cometan abusos en materia tan interesante; y con sus indiscreciones han dado y dan mucho que decir á personas poco piadosas, y sobre impías ignorantes también. Digo que ignorantes también, porque si se tomaran el pequeño trabajo de leer lo que dice el Concilio Tridentino acerca del culto de las imágenes, así de María Santísima como de todas las demás, ciertamente que no insultarían tan inensatamente la reverencia con que las honramos. La Iglesia solo nos manda honrar y reverenciar, no á la materia, esto es, no á la madera, piedra, yeso, metal, papel ú otro cualquier material pintado, grabado ó tallado; reverenciar á las imágenes bajo este concepto, sería reverenciar madera, papel, metales ó piedras, y esto sobre ridículo, está condenado; lo que manda la Iglesia es que honremos y reverenciamos á las imágenes en su forma, esto es, bajo el aspecto que representan á Jesucristo, á la Virgen y á los Santos, en cuyo caso la veneración y reverencia nuestra va dirigida, no al materialismo de ellas, sino á los originales que las imágenes representan. Esto, esto es, lo que manda la Iglesia y no otra cosa: vean, pues, los impíos lo infundado de sus antireligiosos juicios; y aprendan también los fieles indiscretos á honrar y reverenciar las imágenes en solo el sentido que nuestra Madre la Iglesia ordena y manda. El Señor de Mazo, lamentándose también de los abusos, que sobre esto suelen cometerse, y celoso del bien de las almas, dá algunas reglas para que se proceda con acierto: He aquí lo que dice (1): Hay fieles tan mal instruidos en esta materia, que no estará de más advertir, *primero*: que las que llamamos Virgen de la Concepción, de la Soledad, de la Asunción, del Cármen, del Rosario, del Pilar, de Guadalupe, de Nieva, de Monserrate y demás, no son vírgenes, sino diversas imágenes de la Virgen, hechas ó pintadas por manos de hombres, para representar diversos pasajes de su santísi-

(1) Fol. 168.

ma vida, ó para recordar diversos motivos de darla culto, como sucede en las que representan á Jesucristo: *segundo*; que las imágenes aparecidas ó halladas, tampoco son otra cosa que imágenes antiguas que la piedad de los cristianos ocultó al furor de la heregia perseguidora de las imágenes ó á la devastación serracena; y *tercero*: que no piensen que hay en ellas, por grande que sea la veneración en que se las tenga, ni por antiguas que sean, alguna divinidad ó virtud por la cual se las deba venerar ni pedir alguna cosa, ni poner en ellas la confianza, como dice el Santo Concilio, sino que se las ha de honrar, porque son imágenes de la Santísima Virgen que está en el cielo, y por sus imágenes se las ha de hacer reverencia, y lo mismo se ha de hacer á las imágenes de los Santos.

Las principales oraciones que decimos á Nuestra Señora la Virgen María son: *El Ave-María* y *la Salve*. Pocas veces rezamos el Padre nuestro (1) que no añadamos el Ave-María. Parece que no acertamos á pedir á Dios sin tomar á la Virgen por empeño. ¡Tan persuadidos estamos del poder y valimiento que tiene con el Señor y del amor que nos profesa. La oración del Ave-María se compone de tres partes. La *primera es*: *Dios te Salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres, entre todas las mujeres*, esta la dijo el Arcángel San Gabriel cuando de orden de la Santísima Trinidad la anunció, que el Hijo de Dios encarnaría en sus purísimas entrañas; y por ser un Ángel quien así la saludó, se llama esta primera parte *salutación angelica*. La segunda es: *Bendito es el fruto de tu vientre*. Esto lo dijo Santa Isabel á la Santísima Virgen cuando fué á visitarla teniendo ya en su seno virginal al Hijo de Dios humanado. La Santa Iglesia ha añadido el dulcísimo nombre de *Jesus* con que se concluye la segunda parte. La *tercera es*: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen*. Esta la ha autorizado la Iglesia, y se cree que fué compuesta en el celebre concilio de Efeso (2) y es propiamente la petición. Basta solo recitarla con atención, lo mismo que la *salve*, para conocer su importancia, y lo mucho que nos interesa acogernos á la piedad maternal de la sin igual Virgen y Madre, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Después de la Santísima Virgen (3), á ninguna pura criatura debemos más devoción, más amor y más cariño que á los Angeles de nuestra guarda; á ninguna debemos acudir con más fervor y más frecuencia.

(1) *Id.*, fol. 161.

(2) *Varon.*, año 451.

(3) Fol. 177.

Ellos son los encargados por Dios de nuestra custodia, y en cumplimiento de este soberano encargo, nos cuidan como un sagrado depósito que Dios ha puesto en sus manos: nos miran con una dulce afición, y nos tratan con una esmerada vigilancia: y á la manera que los hermanos mayores toman de la mano á sus tiernos hermanitos en los malos pasos para que no caigan y se lastimen, así nuestros Angeles de guarda, que son nuestros hermanos mayores, nos llevan de la mano por los malos pasos de este mundo, para que no caigamos y nos lastimemos. Ellos iluminan nuestro entendimiento, acomodando á nuestra capacidad las verdades de nuestra salvacion, y mueven nuestra voluntad, sugiriéndonos buenos pensamientos y deseos. Alejan de nosotros las ocasiones de obrar mal, y nos proporcionan las de obrar bien. Contienen á Satanás para que no nos atropelle, y nos defienden de este leon hambriento para que no nos devore.... Y si á pesar de su cuidado, usando nosotros mal de nuestra libertad, nos desprendemos de sus brazos, y nos arrojamos al abismo de la culpa, aun entonces no nos desamparan. Reprueban nuestro delito, pero se lastiman de nuestra desgracia, y nos ayudan, si tratamos de salir de tan miserable estado. Nuestros Angeles de guarda hacen presentes á Dios nuestras oraciones y nuestros méritos, no porque Dios los ignore, sino para unir á ellos sus *propias* oraciones. Tan constantemente cuidan de nosotros que jamas nos pierden de vista, y al mismo tiempo que gozan de Dios y le alaban, piden nuestra salvacion. ¡Cuánta reverencia, cuánto amor, cuánto reconocimiento no debemos al Angel de nuestra guarda! Temerario pecador: *esclama el señor de Mazo*: ¿Cómo tienes osadía para hacer en la presencia de un Angel lo que no te atreverías, ni aun á pensar en la presencia de un hombre que viera tus pensamientos? No cuentes con la soledad ó las tinieblas. Tu Angel está siempre contigo en la soledad, y para sus clarísimos ojos no hay tinieblas.

Ved pues, mis amados, si tenemos los cristianos motivos poderosísimos para creer que debemos hacer oracion á María Santísima, á los Angeles, y á los Santos. Sí, á los Santos, porque lo que se ha dicho de los Angeles en orden á estar en la presencia de Dios, ser queridos de Dios, interesarse por nosotros, presentar nuestras peticiones, y alegar sus méritos con los de nuestro Redentor Jesucristo, debe entenderse de los Santos tambien, y así quiere la Santa Iglesia que lo entendamos. ¿Y cómo no, estando como está asistida por el mismo Dios? ¿Cómo no nos ha de mandar la Santa Iglesia hacer oracion á María Santísima, á los Angeles y Santos, si honrándoles, venerándoles, é invocándoles, honramos, veneramos, é invocamos al mismo Dios? Sí, al mismo Dios: por que Dios está representado en sus Santos; porque honrándoles, hacemos la volun-

tad de Dios, y quien hace su voluntad, ama á Dios; y quien á Dios ama, guarda su ley, y al que observa su ley divina, Dios le premia; y entre los premios que á sus amadores dispensa, lo es el que sean honrados, reverenciados é invocados por los demas sus hermanos mientras que en esta vida nos hallemos, para complacerse el mismo Señor en comunicarnos sus gracias por medio de estos conductos gloriosos.

Hé aqui, mis amados, el por qué debemos hacer oracion á María Santísima, á los Angeles y Santos con la debida distincion, esto es, á Dios, como dispensador único de las gracias que pedimos y aun sin pedir las nosotros se nos conceden muchas veces; y á los Santos, como intercesores para con aquel Señor que aun estando en esta vida hizo tantas veces ostentacion de su misericordia infinita (y una de ellas es la que nos refiere el Evangelio.... *aqui el orador, si lo creyese necesario etc.*). Oremos, pues, mis amados, roguemos, invoquemos de todo corazon á María Santísima, á los Angeles y á los Santos; supliquémosles rendidamente que intercedan por nosotros para que el Señor nos comunique sus gracias y dones, á fin de que sirviéndole fielmente en esta vida, concluyamos nuestro destierro en gracia, para entrar victoriosos en nuestra verdadera patria, y en union de María Santísima, de los Angeles y Santos alabar, bendecir y amar á Dios por siglos eternos en la mansion hermosa de la gloria. *Amen.*

